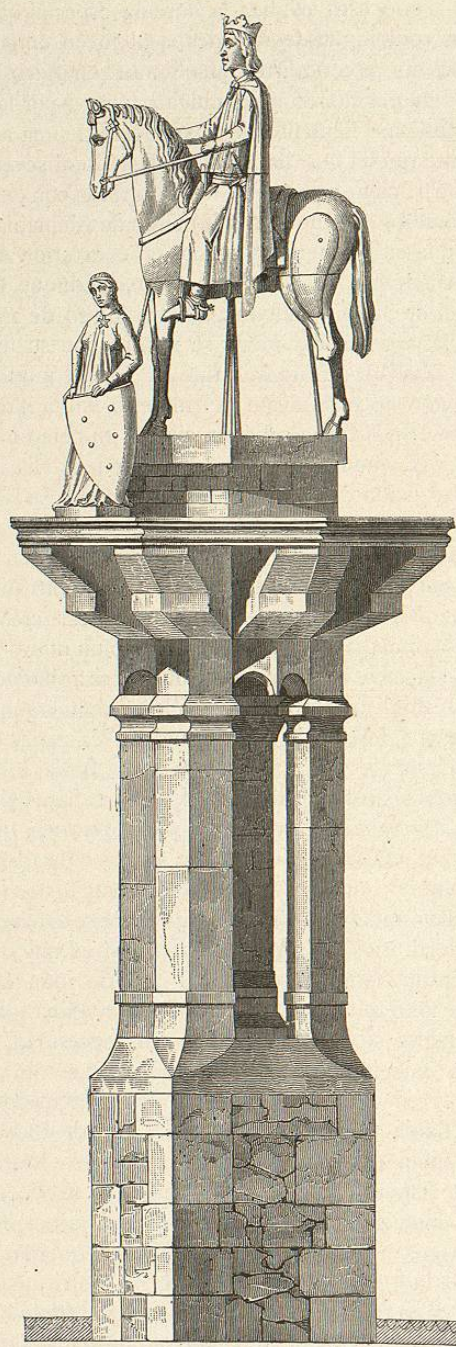


yos efectos se sintieron aun en los territorios mas remotos del imperio. El día 13 de julio del año 982, Oton, avanzando por las costas calabresas, se encontró con una division de árabes, el grueso de cuyo ejército, derrotado en Cortona, se habia reunido nuevamente en las montañas inmediatas á la costa. Creyendo que solo tenia que habérselas con un grupo extraviado, Oton dió en seguida el ataque; y apenas



Estatua ecuestre del emperador Oton I, en Magdeburgo

comenzada la lucha, se lanzaron al combate las masas enemigas que habian permanecido ocultas en la espesura de los montes. En vano lucharon los alemanes con desesperado valor, teniendo á su emperador al frente: arrollados por las mayores fuerzas del adversario, sufrieron terribles pérdidas, y los vencedores se cebaron en los vencidos hasta que la noche puso fin á su sangrienta tarea. El emperador desapareció de entre los suyos, y no se le encontraba ni entre los muertos ni entre los pocos que habian logrado escapar de aquella horrible matanza; todos se sentian poseidos de tristeza y de temor, cuando cundió la noticia de que Oton habia

llegado sano y salvo á la fortificada ciudad costanera de Rossano. Lo que en aquel espacio de tiempo habia hecho el emperador parece el fragmento de una novela heroica: cuando la derrota de los suyos no le ofreció mas perspectiva que morir ó caer prisionero, huyó del fragor de la lucha y lanzándose al mar, y como buen nadador que era, pudo llegar hasta un buque que navegaba á lo largo de la costa y un tanto apartado de ella. Los marinos que en él iban eran griegos, pero un eslavo que se encontraba en el buque y que conoció al emperador le prestó su ayuda, diciendo á los tripulantes que el extranjero era un ilustre servidor del emperador, cuyo desembarque en Rossano seria largamente recompensado. Hacia allí se dirigieron, pues, los griegos; á la vista de la ciudad, echó la embarcacion anclas, y el citado eslavo, probablemente á pretexto de negociar el rescate del prisionero, se dirigió á tierra y enteró de lo que ocurría á los adictos al emperador. Pronto se presentaron estos en la playa y entonces Oton se arrojó de nuevo al mar, llegó nadando á la orilla y montando en el caballo que le tenian preparado entró en la ciudad, que le recibió llena de júbilo y de alegría.

Esto, por lo demás, no podia borrar los desastrosos efectos de la derrota del 13 de julio: la Calabria volvió á poder de los griegos y de los árabes, y la traicion, que hacia tiempo permanecia oculta, levantó su cabeza al ausentarse el emperador. Este se apresuró á marchar hacia Roma, á donde llegó felizmente, pasando por Salerno y Cápua; pero tambien allí se notaba cierta agitacion. Al tener noticia de la derrota del emperador verificóse un movimiento violento en la Alta Italia: las poblaciones de las ciudades lombardas, convencidas de su fuerza, creyeron que fácil y rápidamente podrian liberarse de los obispos apoyados por los alemanes. La conservacion de la alianza con Alemania estaba gravemente amenazada, así como la soberanía de Italia, pues aquel movimiento liberal podia extenderse rápidamente por el territorio nacional. Era preciso, pues, conjurar la tempestad que estallaba por distintos lados, y evitar que en Alemania se sintieran sus efectos. En esta espantosa crisis, Oton dió brillante muestra de su decision, de su energía y de su talento, demostrando que su elevado idealismo político no excluía en él una política realista que tenia en cuenta los hechos consumados.

En junio del año 983 reunió una dieta en Verona, cuyo objeto principal fué la concentracion de fuerzas, no para defenderse contra el enemigo agresor, sino para preparar un nuevo y poderoso ataque. Los Otones habian gobernado personalmente aun en las mayores crisis; por eso la convocacion de la dieta de Verona, que no puede ser comparada con ninguna otra, fué un verdadero acontecimiento, pues además de ser una concesion hecha á las necesidades de la época, constituía una confesion de necesidad de ayuda por parte del emperador. Aquella fué una dieta para Italia lo mismo que para Alemania, cuyo objeto era unir mas estrechamente á ambos países entre sí y robustecer en ambos la soberanía sajona. Al mismo tiempo, fué una dieta de familia para restablecer su union, en presencia de todos los peligros que amenazaban, y para unir á todos los miembros de la familia real, aun á aquellos de quienes antes se habia prescindido, á los cuales se hizo concurrir á la accion comun; y por último fué tambien una imponente demostracion contra aquellos que de la impresion de una batalla perdida y del efecto por ella producido en los recelosos italianos, esperaban la rápida decadencia y la próxima ruina del imperio de los Otones. El emperador Oton II estaba entonces en la plenitud de sus fuerzas; tenia conciencia de su situacion; se sentia entusiasmado con la idea de cumplir la mision que Dios le habia impuesto; contaba con recursos poderosos para vencer las mayores dificultades, y se veia rodeado de un

gran número de hombres que le eran fieles, duques, condes y obispos, cuya adhesion y abnegacion se demostraron brillantemente en aquella jornada cuando, en Sajonia especialmente, al tenerse noticia del peligro en que Oton se encontraba, todos se dispusieron á volar en su auxilio. En los que tomaron parte en la dieta de Verona produjo especial impresion el conjunto de nobles é inteligentes mujeres que á Oton rodeaban y que probaba que no se habia extinguido todavía el gran aprecio que de ellas se hacia entre los alemanes. Podemos citar entre ellas á su esposa Teofana, que á pesar de ser extranjera estaba familiarizada con todos los asuntos alemanes é italianos; á la emperatriz madre Adelaida, y á su hija Matilde, la cual desde la celda del convento de Quedlinburgo, de que era abadesa, estudiaba con claro criterio el movimiento político de su época, que muy pronto pudo dirigir con mano bondadosa á la par que energética. De acuerdo con los concurrentes á la dieta se convino el plan para la accion en grande escala que habia proyectado, en sus elevadas miras, el emperador. Lo mas importante fué el orden de sucesion, que se dispuso de tal manera que era un nuevo paso dado en la senda de la monarquía hereditaria. En efecto, el hijo de Teofana, que solo contaba tres años, fué elegido sucesor por todos los magnates reunidos de Alemania y de Italia: acuerdo notable, mas que por el hecho mismo de la eleccion, por el de haber tomado parte juntos en ella italianos y alemanes; de suerte que por vez primera vemos presentarse estos dos reinos como uno solo. La administracion de Italia fué confiada á la emperatriz madre Adelaida, lo cual era una concesion que se hacia al espíritu particularista de los italianos, y constituía al propio tiempo una garantía de que la soberanía alemana no habia de ser para ellos una soberanía extranjera. Preciso era entonces captarse la buena voluntad de los italianos, pues para realizar los planes por Oton concebidos se hacia indispensable disponer de todas las fuerzas de Italia. El emperador queria reconquistar inmediatamente la Pulla y la Calabria y luego llevar sus triunfantes banderas hasta Sicilia, para iniciar la cruzada imperial contra los mahometanos.

¡Pero cuán próximo estaba el fin de estos planes! Desde luego hubo que luchar contra inesperadas dificultades: Venecia se negó á prestar auxilio alguno, y sin la escuadra de esta rica ciudad marítima era imposible hacer nada contra Sicilia. El cerco que á Venecia se puso por la parte de tierra no produjo naturalmente impresion alguna en la poblacion. Oton se apresuró á dirigirse á Roma, sin escuchar los consejos de Mayolo, abad de Clugny, el cual tenia fama de profeta y le predijo una muerte prematura en la ciudad eterna. Una vez en ella, Oton hizo elegir papa, en lugar del difunto Benedicto VII, al sumiso y fiel Juan XIV; pero en el preciso momento en que toda su atencion estaba fija en el Sur, se sintió asaltado por los graves temores que le empezó á inspirar el Norte. Para tener seguras las espaldas, al fallecimiento del leal Oton de Baviera y de Suabia, que murió durante la dieta de Verona, habia hecho nuevas concesiones al ducado, cediendo la Suabia á Conrado, pariente de la esposa de Ludolfo, y dando en feudo la Baviera, con la Carintia y la marca de Verona, á Enrique el Joven, uno de los que habian tomado parte en el último levantamiento. Pero no era en el Sur del imperio, sino en el Nordeste, donde estaba el peligro y donde estaban en juego los supremos intereses de Alemania y de la Iglesia. Allí, los daneses se establecian en las comarcas de allende el Elba, destruyendo los gérmenes, con tanto trabajo sembrados, de la cultura alemana. De peor carácter todavía era la sublevacion de los wendos, de la cual fueron víctimas los obispos eslavos de Oton el Grande, Havelberg y Brandeburgo, y durante la cual

fué destruida la ciudad de Hamburgo. Cualquiera, menos avisado aun que Oton, podia comprender que esta derrota en el Norte era consecuencia de la concentracion de todas las fuerzas en el Sur y que quedaba perdido el país de los wendos y con él los frutos de un rico trabajo de civilizacion, que tanto prometian, para Italia, Roma y Calabria. El dualismo que en la política de los Otones produjo el imperio y con él la soberanía universal por la Iglesia aceptada, se puso, con este hecho, de manifiesto en toda su gravedad. Así como Oton habia temido que su derrota de Calabria pusiera en peligro no solo su soberanía sobre Italia sino tambien la que sobre Alemania tenia, del mismo modo la derrota que en el Norte habia sufrido el imperio amenazaba destruir la supremacia imperial en Italia. En efecto, ¿cómo la cristiandad habia de acudir á las armas al llamamiento de Oton para combatir contra los mahometanos si veia que el emperador se habia mostrado incapaz de cumplir su mision mas inmediata y apremiante y de conservar las comarcas para el cristianismo conquistadas en las mismas fronteras alemanas? ¿Adónde habia de dirigirse? Hiciera lo que hiciera, preciso era abando-



Sello imperial de Oton II

nar uno de los dos territorios; en uno de estos era inevitable una terrible derrota del imperio. Puesto en esta alternativa, en vano buscó Oton un medio de salir del difícil paso: la mas poderosa actividad no podia hacer sino evitar una parte de la catástrofe que amenazaba. Agobiado por el trabajo y por los temores, enfermó el emperador: su impaciencia por curar pronto le hizo tomar una cantidad excesiva de la medicina que le habia sido ordenada, á consecuencia de lo cual su estado, que hasta entonces no habia ofrecido peligro alguno, se agravó de tal manera que falleció en 7 de diciembre del año 983, cuando contaba veintiocho años de edad.

La profecía de Mayolo de Clugny se habia cumplido. Llenos de temor miraban el porvenir los leales que enterraron en el pórtico de la iglesia de San Pedro el cadáver de su joven soberano, encerrado, segun costumbre de aquellos tiempos, en antiguo sarcófago de mármol cerrado con una losa de pórfido. Si Oton II se habia visto perplejo ante la desgracia que por dos partes le amenazaba, ¿qué habia de suceder ciñendo la corona un niño que apenas contaba cuatro años y en nombre del cual habian de ser sometidos y dominados aquellos dos países presa de tal agitacion!

CAPITULO IV

EL IMPERIO PONTIFICIO DE OTON III

(983-1002)

La monarquía sajona se veia por todas partes amenazada de enemigos. El Islam, atacado por Oton II, estaba en el Sur sobre las armas; por las comarcas fronterizas

del Nordeste, cuya conquista había sido la hazaña más grande del germanismo, se había extendido la ola devastadora de una reacción eslavo-pagana, y el orden de cosas que Oton I había fundado en la Sajonia oriental, presidía condicionalmente las relaciones interiores de aquel país, pues solamente la supresión del estado continuo de guerra había hecho que la ruda nobleza sajona se acostumbrara a vivir pacíficamente y a prestar al rey voluntaria obediencia. De suerte que bajo este punto de vista amagaba un peligro a uno de los fundamentos de la monarquía de los Otones. Si se restablecía en Sajonia la antigua y bárbara organización, ¿cómo oponer un dique a la corriente? Parecía que todo el orden de cosas que hasta entonces había presidido en el imperio iba a quedar reducido a ruinas.

La Iglesia estaba interesadísima en la conservación de aquel sistema, pues su suerte había sido por Oton encadenada a la del imperio; de modo que en manos de los obispos estaba el decidir, en aquel momento crítico, acerca del porvenir de la monarquía y del imperio de los Otones. Existía, sin embargo, el peligro de que el episcopado vacilara, de que no hubiera acuerdo entre las opiniones y deseos de los obispos respecto de la regencia; y entre ellos sentíanse en parte antipatías personales y en parte temores reales respecto de la regencia de Teofana. ¿Era de esperar de la griega que antepondría los intereses de su patria adoptiva a los de su patria verdadera? ¿No podía temerse que cuando estuvieran en pugna el imperio romano y el bizantino, mostrara sus simpatías por este último? ¿Era de suponer en una persona extranjera inteligencia bastante para hacerse cargo de los asuntos difíciles y peculiares de aquel imperio universal germano-romano? Solo un hombre en el imperio no participaba de estas antipatías ni de tales temores, Willegis, arzobispo de Maguncia, el cual, en compañía de Juan de Rávena, había llevado al través de los Alpes al real niño desde Verona a Aquisgran y lo había coronado al llegar la noticia del fallecimiento de Oton II. Willegis de Maguncia, sajón de nacimiento, que había llegado a las más altas dignidades estando al servicio de la capilla y de la cancellería de la corte, elevado por Oton II, en 975, a la primera sede arzobispal de Alemania como sucesor de Roberto, incondicionalmente adicto al joven emperador y su consejero íntimo, estaba obligado y llamado a renovar, en una forma que se armonizara con las distintas relaciones, la situación protectora que habían ocupado muchos de sus antecesores ante los peligros que amenazaban al imperio alemán. Pero había algo más en juego que el derecho de la emperatriz viuda a la regencia. Las pretensiones que respecto de la tutela de Oton III formulaba Lotario III, rey de la Franconia occidental, significaban poco, pues este ambicioso vecino buscaba simplemente un pretexto para apoderarse de la Lorena. El candidato que para la regencia presentaba la mayoría del episcopado era Enrique «el disputador», antiguo duque de Baviera, el cual, al tenerse noticia de la muerte del emperador, había sido sacado de la cárcel de Utrecht y había pretendido desde entonces la tutela como mas próximo pariente del joven emperador. En favor suyo se declararon no solo los obispos loreneses, a excepción de Adalbero de Reims,—que estaba aconsejado por el sabio Gerberto de Aurillac, muy entendido en asuntos de Estado, muy respetado en la corte imperial y llamado a grandes cosas,—sino también los arzobispos Warin de Colonia, Egberto de Tréveris y Giselher de Magdeburgo. Pero Enrique de Baviera echó a perder su causa cuando, poseído de inquieta ambición y engreído por la facilidad del éxito alcanzado, quiso apoderarse del trono. Parecía que al fin se iba a reconocer el supuesto mejor derecho que el padre de Enrique había querido en vano defender contra Oton I, é iba a obtener la

corona el hijo favorito de la reina Matilde. Entonces resucitaron todos los malos recuerdos del tiempo de la guerra encendida en el seno de la familia real. Enrique se alió con Lotario III de la Franconia occidental, el cual renunció a sus pretensiones a la regencia en cambio de la promesa de que le entregarían la Lorena, y pronto pudo pasear triunfante su bandera por las comarcas fronterizas. Cuando, en la primavera del año 984, Enrique fué a Sajonia, se presentó allí como si realmente fuese rey, y el día de Pascua entró en Quedlinburgo rodeado de sus partidarios y adornado de las insignias reales. Entonces, así como en el Oeste había tendido su mano a los francones, en el Este se alió con los rebeldes eslavos, mientras le rendían homenaje los duques de Polonia y de Bohemia. Esto ofrecía al espectador imparcial el aspecto de una monarquía cuyo principal apoyo estaba en los antiguos enemigos del pueblo alemán y del imperio. Lo que en otro tiempo habían intentado el duque Enrique, aliado con los franco-occidentales, y su camarada Ludolfo, en alianza con los húngaros, parecía que iba a conseguirse a la sazón por medio de las traidoras alianzas contraidas así en el Este como en el Oeste. Pero el sentimiento nacional y la adhesión al imperio se habían fortalecido demasiado, durante los últimos veinticinco años, para que uno y otra no se levantaran indignados contra tal audacia. Esta opinión general fué el principal apoyo que tuvo Willegis de Maguncia como defensor de la legitimidad. La raza sajona, viendo claramente el artificioso proceder del «disputador», se declaró por la monarquía legítima de Oton III, habiendo quizás contribuido a ello la enemistad que la nobleza sajona profesaba al molesto obispado de Magdeburgo que, en la persona de Giselher, se inclinaba al usurpador. Este no se vió tan apoyado como había creído; en Baviera, Enrique el Joven se declaró por Oton III, pues comprendía que la monarquía del disputador amenazaba la existencia de su ducado. También permaneció fiel a Oton el duque Conrado de Suabia, y el infatigable Willegis pudo asimismo agrupar al rededor de la bandera de la legitimidad a la nobleza franca. El aliado que en la Franconia occidental tenía Enrique nada adelantaba, antes al contrario, al poco tiempo se vió obligado a reconcentrar sus fuerzas en su reino para combatir a los Capetos, que comenzaban a moverse. El usurpador hubo, pues, de convencerse de la inutilidad de su empresa; así es que entabló negociaciones con Willegis y Conrado de Suabia, y aunque no sin vacilar y puesta siempre su esperanza en otra solución, se resolvió a entregar el regno niño a su abuela y a su madre, que entretanto habían llegado de Italia a instancias de Willegis, y a someterse bajo la condición de serle perdonadas sus graves faltas. A este objeto, reunióse con la real familia, a fines de junio del año 984, en Rara, cerca de Worms, llevando consigo de aquella entrevista la esperanza de que su completa y definitiva sumisión sería recompensada con su restablecimiento en el ducado de Baviera. De esta manera triunfó la legitimidad; pero en esta crisis habíase demostrado claramente el carácter especial que a la constitución del imperio habían dado las innovaciones por los Otones introducidas. Willegis de Maguncia y la Iglesia alemana, bajo su inteligente dirección, habían decidido de hecho la cuestión, y la Iglesia se había mantenido en la situación que Oton I le había asegurado. Estos sucesos, sin embargo, demostraban cuánto se había apartado de su origen la monarquía de la casa sajona y hasta qué punto se había encontrado en contradicción con él, a semejanza de lo ocurrido durante los reinados de Arnulfo y de Conrado I. El clero ninguna participación había tenido en la entronización de Enrique I ni en la de Oton I; uno y otro habían recibido la corona de manos de la nobleza laica: el episcopado se había limitado en el primer caso a aceptar el hecho consumado y

en el segundo a confirmar simplemente al elegido por medio de la consagración y de la coronación. En cambio, en tiempo de Oton III el reino recibía su rey de manos del episcopado: la Iglesia se manifestaba como la levadura más eficaz del imperio, cuya dirección volvía a pasar de los príncipes laicos a la Iglesia. ¿No era de esperar que esto engendrara el mismo antagonismo y que de este resultara el mismo conflicto que había conmovido los reinados de Arnulfo y de Conrado I y destruido los frutos que eran de esperar de tantos esfuerzos leales? El dualismo que había servido de fundamento al Estado en la organización de Oton estaba de tal manera establecido, que contra el influjo avasallador del episcopado podía pretender la nobleza laica ejercer el suyo en la dirección de los asuntos públicos. Una regencia, sobre todo estando en manos de princesas extranjeras, favorecía estos esfuerzos de la nobleza laica y les aseguraba un buen éxito, dando nuevas condiciones a la situación del reino.

La griega Teofana gobernó siete años la Alemania y la Italia como tutora de Oton III, a quien hizo educar en Sajonia, la cuna de su raza. Objeto de grandes preocupaciones de parte de sus súbditos, supo vencerlas sin por eso obtener de ellos ni gratitud ni amor; y siendo blanco de sospechas, de acusaciones y hasta de calumnias, manifestó una actividad incansable, un gran valor y una decisión varonil para llevar adelante sus pensamientos en aquella tierra extranjera a cuya cabeza la habían colocado circunstancias tan complicadas: Teofana, aun cuando no se agradecieron al principio sus servicios, conquistóse la fama de haber conservado en las alturas a que había ascendido su inmaculada pureza, de haber personificado los derechos reales é imperiales en el sentido y dentro del espíritu de su suegro y de su esposo, y de haberlos transmitido inclólumes a su hijo. En Alemania, era preciso desvanecer inmediatamente el peligro que ofrecía la sublevación de los wendos en el Norte y en el Este. Después de incesantes luchas, el valiente marqués Eckardo de Misnia consiguió asegurar nuevamente las fronteras que habían sido invadidas, cuyo resultado fué debido al talento con que supo excitar la codicia de los príncipes y de las tribus eslavas y suscitar disidencias entre ellas. El duque Miecislao de Polonia era su aliado, y con su auxilio pudo reducir de nuevo a la Bohemia a su antigua dependencia feudal. En cambio, el Norte continuaba amenazado por los daneses, entre los cuales estaban en ruda lucha el cristianismo y el paganismo. Para utilizar las fuerzas del imperio contra estos enemigos, era preciso restablecer la tranquilidad en el interior; por esto Teofana continuó la política conciliadora que su esposo había seguido en Verona en frente de la oposición de los príncipes alemanes. Enrique el disputador, conforme se le había prometido en el acto de someterse, fué repuesto, en 985, en el ducado de Baviera, por el cual en vano había luchado contra Enrique el Joven, que fué, a su vez, indemnizado con la Carintia y la marca de Verona. Teofana tuvo a gran dicha, a la muerte de Lotario III de la Franconia occidental, el verse libre de todo cuidado por este lado. La corona del reino de Occidente pasó a Luis V; pero al morir este prematuramente (987) hubo un levantamiento general de la nobleza, la cual, prescindiendo del duque Carlos de la Baja Lorena, último carlovingio, elevó a Hugo Capeto (991). Hugo tuvo que defender, durante muchos años, su trono contra sus antiguos aliados y por lo mismo se guardó de romper con Teofana que, en un principio, había intentado una intervención en favor de los oprimidos y desposeídos carlovingios.

Teofana no fué afortunada en la continuación de la política de los Otones en Italia y aun en Roma, pues si bien en los asuntos temporales supo conservar los derechos imperia-

les, no solo vió dificultada su acción por la enemistad que al parecer reinaba entre ella y su suegra Adelaida, que en Verona había sido nombrada regente de Italia y que como tal residía en Pavia, sino que no pudo mantener el pontificado en la altura moral a que lo había elevado Oton I. Una nueva sublevación repuso en el solio pontificio a Bonifacio VII, que había huido a Grecia, el cual se deshizo del imperialista Juan XIV, y con su gobierno despótico excitó tanto más el odio general cuanto que todos sus esfuerzos parecían encaminados a restablecer a los bizantinos en la posesión de Roma. Una sangrienta revolución puso fin en 985 a su gobierno y a su vida, y entonces el pontificado volvió a la triste dependencia de la nobleza municipal y de los poderosos que de entre las filas de esta salían, dependencia de la cual había sido libertado por la enérgica mano de Oton el Grande. En efecto, Juan Crescencio, hijo de Patricio, el que en tiempo de Oton II se había refugiado en un convento, se hizo cargo del gobierno de la ciudad y de la provincia, de suerte que el papa Juan XV, por él instituido, quedó sin jurisdicción temporal. Este pontífice era un hombre codicioso en alto grado, que traficaba indignamente con los cargos y honores eclesiásticos, menguando así naturalmente la consideración de que debía gozar la Iglesia. Entonces, en vista del embrutecimiento que en Roma reinaba, todos los que tenían todavía talento y sentimientos religiosos y que deseaban restablecer la dignidad y el honor del clero, hicieron poderosos esfuerzos para libertarse de la dependencia del obispo romano. Esta evolución, por muy justificada que estuviera, atentaba directamente contra el imperio de los Otones, que descansaba en la soberanía sobre la Iglesia y cuya condición indispensable era la sumisión del pontificado romano al soberano alemán. Cualquier disminución que sufriera la autoridad del obispo de Roma limitaba la esfera del poder del imperio y amenazaba el sistema sobre el cual estaba fundado el orden político y religioso de aquella época. En ninguna parte se manifestó este movimiento antipontificio de un modo tan decisivo como en el sínodo celebrado en Reims el año 991, en el cual quedó decidida la suerte de Arnulfo, obispo de dicha ciudad. Este, hijo natural del rey Lotario III, había sido uno de los principales adversarios de Hugo Capeto, y había querido, a la muerte de Luis V, entregar la corona al duque Carlos de Lorena, procurando para ello obtener la intervención de Teofana. Su conducta desarreglada y por más de un concepto escandalosa proporcionó un pretexto a sus adversarios políticos y religiosos, y el sínodo de Reims (junio del 991), no sin conculcar los preceptos canónicos, le despojó de su cargo, y a duras penas pudo evitarse que Hugo Capeto castigara más severamente al mas odiado de sus adversarios. Para impedir que Roma, ante la cual se había acudido en queja contra Arnulfo, se mezclara, como amenazaba mezclarse, en el asunto, el sínodo ordenó al obispo Arnulfo de Orleans que trazara un cuadro del estado de desmoralización que en Roma reinaba. La descripción se remontaba hasta los tiempos del pontificado de Juan XII: en ella, con inaudita independencia de criterio, se comparaban los papas de los últimos tiempos, que eran causa de aquella degradación y cuyos nombres estaban cubiertos de indeleble infamia, con las brillantes figuras de un Leon, de un Gregorio, de un Inocencio, cuya sabiduría había asombrado al universo y a cuya dirección se había confiado con fe ciega toda la Iglesia. Era imposible, se decía, que los sacerdotes famosos por sus virtudes y por su ilustración estuviesen seriamente obligados a prestar obediencia a aquellos monstruos manchados con toda clase de crímenes é ignorantes de todas las cosas divinas y humanas: en Roma dominaba el Antecristo y se infatuaba como si